

Revista de comunicación intercultural

No. 9

Año 2007

Resonancia



**Manuel Girón, Marta Elizondo, Paulo González Ramírez,
Hilda Mayer-Iocco, Alfonso Arrivillaga Cortés,
Carmen Real, Sergio Tilleria, Gabriela Scheffler**



LIBRERIA EL CONDOR

LITERATURA

LATINOAMERICANA

María Mariotti-Luy

Seilergraben 43
CH-8001 Zurich

Postfach 369
CH-8024 Zurich

Tel. 044 / 262 09 66
Fax 044 / 262 09 49

Horario:

Martes a viernes
11:00 a 18:30

Sábados
10:00 a 16:00

Pie de imprenta

«RESONANCIA» REVISTA INTERCULTURAL

Edición y redacción

Marta Elizondo, México, en Suiza
wueest.elizondo@freiamt-online.ch

Comité de colaboradores

Manuel Girón, Guatemala
Carmen Real, Argentina
Cecilia Widmer, Argentina
Alejandra Oechslin, México

Resonancia en Internet

www.martaelizondo.ch

Prohibida la reproducción o
transmisión total o parcial de
esta obra en cualquier forma,
electrónica o mecánica, sin
permiso del editor.

Impreso en Suiza
por Heliocopter
Marcela Longatti

AUTORES

Manuel Girón, Guatemala
Marta Elizondo, México
Paulo González Ramírez, Costa Rica
Hilda Mayer-Iocco, Argentina
Alfonso Arrivillaga Cortés, Guatemala
Carmen Real, Argentina
Sergio Tilleria, Chile

ENTREVISTA

Chema Rodríguez, España



Marta Elizondo, México

Mensaje Editorial

"La felicidad es como una mariposa" dice el maestro "si la persigues se te escapa, siéntate, y deja que se pose en tu hombro"

Que debo hacer para alcanzar la felicidad"

"Deja ya de perseguirla"

"Pero hay algo que pueda hacer"

"Podrías intentar, sentarte tranquilo, si te atreves"

La espiritualidad nos une en un mundo subterráneo en donde la creatividad individual seduce, es un puente entre la intimidad y la realidad exterior a través de la ideas que se plasma en la piedra, en la tela o en el papel, como los dioses nos revelan secretos, energías femenina y masculina que se unen, agua, viento, tierra y fuego elementos en la conciencia que como un oráculo descifran los símbolos ininteligibles.

Muchas veces la felicidad surge del cuidado que ponemos en las pequeñas cosas.

Con estas palabras queremos invitarlos sentarse tranquilos a disfrutar el noveno número de Resonancia, deseándoles un buen tiempo en donde el vuelo de la mariposa, el aroma de las flores y el canto de las aves estén presentes!



Manuel Girón, Guatemala

Tuercas y tornillos

Estaba sentado en la taza del inodoro expulsando materias inservibles para mi cuerpo cuando un sonido casi metálico interrumpió mis acostumbradas cavilaciones matutinas por un breve instante. Sonó el teléfono, jalé la cadena del agua y fuí a contestar.

2 horas después volví al baño a orinar y encontré en el fondo de la taza una pequeña tuerca que resultó ser de acero inoxidable y que me puso a pensar cómo había llegado hasta allí.

Una semana más tarde volví a escuchar el mismo sonido y esta vez inmediatamente dejé que el agua corriera y para mi sorpresa en el fondo de la taza encontré un pequeño tornillo de acero inoxidable. Todas las alarmas se me dispararon. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba expulsado entre mis materias inservibles tuercas y tornillos como si fuera un robot?

Llamé al hospital y solicité una cita lo más pronto posible porque parecía que me estaba desarmando antes de los 60 años y corría serio peligro de no llegar a la jubilación. ¡Deme una cita para mañana, le grité a la recepcionista, o llamo a un mecánico!

No se preocupe, me dijo el doctor. Todo está en orden. Algunas partes del cuerpo con el tiempo son como los autos, se van aflojando y se caen, pero en su caso no hay nada que temer.

–¿Cómo que no hay nada que temer? ¿Y la tuerca y el tornillo que resultaron en mi inodoro son sólo imaginación? ¿Dígame, por favor, soy un robot?

–El médico tomó su libreta de recetas y escribió algo. Se quitó los lentes y se puso a limpiarlos con tranquilidad. Después se arrellanó en su sillón de cuero café quemado como si se dispusiera a dormir y desde su cómoda posición me dijo:

Hace muchos años, según su historial clínico, usted tuvo un grave accidente automovilístico.

Manejaba a gran velocidad en contra del flujo normal de vehículos, chocó de frente contra un camión de mercancías y su auto quedó como una lata de sardinas aplastada por una aplanadora. Usted sobrevivió de puro milagro y perdió la conciencia durante más de un año, es decir estuvo en coma grave. Y cuando abandonó el hospital no se acordaba de nada, ni de quien era ni del accidente. El seguro médico lo ingresó en una residencia para desahuciados mentales porque parecía que usted ya no tenía remedio.

Y el día menos pensado usted tuvo un atisbo de recuerdo y descubrió que algo no estaba bien.

-¡Las tuercas! Dije.

-No, déjeme continuar, por favor, dijo el doctor.

Entonces usted recordó que en su seguro de vida se había estipulado que en caso que algo pasara, exceptuando la muerte, la aseguradora se comprometía a reconstruirlo pieza por pieza hasta volver a dejarlo tal y como estaba antes del suceso automovilístico. Y usted había quedado hecho un garabato humano que no voy a describirle minuciosamente porque no es necesario.

La aseguradora decidió enviarlo a Houston donde un equipo de médicos investigadores formado por profesionales de casi todo el mundo intentaran dejarlo más o menos como usted se encontraba antes del desafortunado accidente.

Debo admitir que el trabajo que hicieron fue casi perfecto, porque como usted se podrá imaginar reconstruirlo era una misión imposible. El trabajo fue comparable al que un artista hace con una escultura de grandes dimensiones. Nueve meses de toques y retoques lograron hacer un milagro de tecnología punta. Desde el cabello hasta las uñas de los pies usted es uncómo decirle.....el hombre nuevo. El hombre del mañana que durará más de 100 años, o déjeme ser más atrevido, casi 200 años porque todo en usted es reparable y con buen mantenimiento.....la vida puede ser muy larga.

-¿Entonces, doctor, yo soy tuercas y tornillos?-

No, no se asuste que tampoco todo es así. La vida está llena de matices que lamentablemente muchos ojos no perciben y limitan su visión al blanco o negro. Colores contrarios para muchos, complementarios para pocos. Usted es un producto híbrido surgido de la naturaleza y la alta tecnología.

-¿Un moderno Frankenstein, me quiere decir? ¿Un robot hecho a imagen y semejanza del hombre del génesis que se comió la manzana sin el permiso del patrón?

No, usted no es ni uno ni lo otro, es algo especial. Yo diría, que es el hombre que todas las utopías políticas y sociales han soñado. El hombre que podrá ser aplastado pero no aniquilado. Que como el ave Fénix será capaz de levantarse de sus cenizas y volar en busca del fuego de los dioses.

Usted no es sólo tuercas y tornillos, mi estimado amigo, usted es la esperanza hecha realidad.

© Manuel Girón, 2007

Marta Elizondo, México

Amor velado

Se desvanece
en la profunda inmensidad
de la noche
reaparece en el firmamento
reflejado en las luces
en donde se encierra
el misterio de tu mirada
que se pierde
en el océano
de la promesa inherente
que al escaparse
nos acaricia,
al liberarse nos trascienden
hacia lo oculto luminoso
a ese lugar solitario,
mas nunca estamos solos
unidos involuntariamente
en la inmensidad
filtros vulnerables
del amor ineludible
que lo confunde todo.



Paulo González Ramírez, Costa Rica

La Bandera, playa Palma

...Vivía la Gorda con su familia en La Bandera, playita muy bonita que aún no había sido explotada por el turismo pero que poco a poco acaparaba las miradas de los intereses monetarios y de los interesados lagartos. Tenían su casita frente al dique, en la desembocadura del río Parrita, poseían una lanchita y un cayuco con sus remos, varios objetos de pesca, las cuerdas y sus anzuelos, algunas mallas cortas y una red no muy grande de cinco metros de largo, la cual utilizaban de noche en la boca sin que las autoridades se dieran cuenta por estar prohibida. Eran breteadores todos y entre ellos Tavo, quién había sido entrenado para la pesca más por la Gorda que por el Moncho. Iban a salir a pescar muy pronto, la marea era buena y todos tenían que ir a cumplir la labor diaria.

El mar, el río, el manglar, son las fuentes de vida de la mayoría de los miembros de la comunidad en Bandera, a no ser por otros que se dedican al turismo emergente, que si bien no es tanto, empieza a levantar la pequeña economía del lugar.

No era la primera vez que Moncho discutía con Tavito, era comidilla de todos los días en su rancho. Moncho no lo quería, pero tenía que aguantárselo porque ni remedios, pensaba él, así lo dispuso el tiempo, Dios y su mujer, quien protegía como una leona a su cachorro cambuto. El chiquito ya no era tan niño, se notaba que estaba creciendo, así se hacía más difícil darle esa protección, meditaba ella en sus pensamientos.

–La marea empieza a subir, así que a moverse ah, ya tenemos carnada y de todo, güena sardinilla que salió hoy en la mañana y unos camaroncillos de la poza que son pura calidá –le dijo Moncho a la Gorda un poco más sereno.

–Dile a Yanory que recoja los trastes pa jalar en un dos por tres agregó la Gorda limpiándose con su lengua un moco verde que le salía de la nariz.

–Ande Tao, recoja los trastes, pero muévase inútil cabrón – ordenole Moncho a Tavito sin escuchar a su mujer–, y Yanory, usted también ah, no mi haga mates bandida, déjese de varas que hay que salir.

–Ya va papito, ya termina la Culcable.

–Ay no, toodo yoyoyo, Yayayanonono, veeení... –le dijo Tavo a su hermana, un poco enojado porque todo el trabajo era para él.

¡Qué pinga ah!, pensaba Tavo. Mi tata no me quiere, de a leguas se nota, pero por qué tratarme mal, ¿por qué?. Y mi hermanilla, ella se hace la tonta, vela ahí, viendo la nove, idichosa!

–Ya voy Tao –le dijo Yanory.

Y en ese momento Moncho agregó.

–No, usted Tao, hágalo, que'ntro poco nos vamos caramba.

–Güeno papapapi –asintió sin escapatoria Tavito.

El pobre de Tavito quería serle bueno a su tata, pero por más que trataba, nada le salía bien, algo malo pasaba, reflexionaba todo el tiempo.

–Aprenda hablar, ¿qué?, no le enseñan na en la escuelita ésa, jijijijí, puros vagabundos de mierda son ustedes, jajajajá – infiriole Moncho a carcajada limpia.

–Pepepepepero...

Y la Gorda no tenía escapatoria, como tantas veces tenía que defender a su gordito, pero de ésta podía salir rápido ya que la hora del brete estaba pronta.

–iMoooncho!, dejá ya, ipuuuta madre con vos!, vamos, a recoger los chunches del bote mejor, pué.

Lucía siempre tuvo la fe de que Tavito aprendiera a hablar mejor, pero al paso de los años su hijito no daba esperanzas en ese sentido, ella le echaba la culpa a Moncho, quien siempre se dedicó a gritarle.

Ahora Moncho cambiaba de tema.

–iQué calor mi Gorda!, está todo tan seco, iverdá! –afirmó como para despistar rápidamente a su mujer.

–Güeno, es cosa de días que llueva otra vez –le dijo ella.

Ya al parecer el ofusque había pasado.

–Qué va, meses diría. Dicen la noticias que va a ser puro sol, esta temporada seca está lo que se llama: mortal.

–Qué vaina, y ahí en Limón hay tantas inundaciones. Yo al Mena (comentarista del tiempo en las noticias nacionales) no li creo na, son puras jetonadas lo que dice, pura paja lo que pasan contando esos sonajas –expresó la Gorda tachando a los metereólogos de mentirosos y de rufianes.

–Onde los negritos siempre, pooobres, pero tenés razón, el Mena es un jetón, un fariseo.

–Tan bonito Limón, jijijijí, iverdá!, ti acordás cuando juimos, iqué lindo!, ay sí, qué lindo Limón, y allá pa'bajo, cómo se llamaba, ay sí, la Cahüita, el Cocles, la Gandoca, iqué tiernura de lugares!, ti acordás Moncho, ti acordás, jijijijí –infirió la Gorda, recordando su lunita de miel.

La Gorda y Moncho se casaron en Parrita, de allí partieron unos días a San José, dizque a visitar una tía, y después se fueron a Limón para celebrar a lo grande. Los dos se querían, eso no se puede negar.

En eso Gustavito les miraba muy curioso por lo que estaban hablando. Pensaba en el Matayeguas, ya que antes de que llegar a la casita, después de comprar los benditos ajos que tantos problemas le habían dado, se lo topó de sorpresa. El muy avisgado estaba esperándolo desde hacía un rato, quería regalarle un chocolate, malas intenciones se traía el confisgado.

–Hola Tavo.

–Hooola.

–¿Di ónde venís? –le preguntó muy curioso el Matayeguas.

–Didi la pupupulpe.

–Ah, y vas pa la choza.

-Ssssí.

Y como si fuera un mago sacó de sus manos una bolsita con algo adentro.

-Ah, mirá, ¿lo querés? -gesticuló el Matayeguas enseñándole un chocolatito bien derretido.

Pinto estaba alerta, no muy bien le caía el Matayeguas, y es que en él encontraba a uno de sus mayores enemigos: Chumiko.

-¿Qué eees? -agregó Tavito un poco extraviado.

-Uuun chocolalalate, jajajajá -le dijo Matayeguas en tono bromista, ya sabía de los problemas del habla de su cría.

Matayeguas sabía que Tavito era escuincle suyo, pero como todo forastero, le daba igual, mejor clavárselo a otro y no hacerse el responsable, ya bastantes problemas le habían causado los otros por ahí regados, se decía. Sus amoríos con la Gorda no fueron muy extensos, en una de esas cuando Moncho no estaba en su rancho se la alzó, muy fácil, recalaba el sinvergüenza, di por sí, el Moncho es un imbécil y me las debe.

-Guuüeeeno, pepepero yaaa meee voooy -exclamó Tavo un poco nervioso pero feliz porque tenía un chocolate en sus manos.

Tavo era un glotón y con un chocolate, ini qué hablar!

-Esperá, esperá un tantito, es que quería pedirte un favor -masculló fríamente como sólo un zorro lo puede hacer.

-iGuau!, iguau!, iguau! -empezó a ladrar Pinto.

Y detrás del Matayeguas apareció Chumiko, seguramente estaba en la playa y como un rayo percibió el olor de Pinto. Se acercó rápidamente y encaró a su adversario.

-iGuau!, iguau!, iguau! -ladró Chumiko.

Estaban de frente, con los pelos parados y pelando los dientes.

No era la primera vez.

-¿De de qué e e es?

-Ah no, na importante, era pa saber a qué horas salen hoy.

-Ahhh, creeeo que que entro un un rararato -le dijo Tavito.

-Ah sí, bueno, ¿y pa ónde van?

-¿Cooómo?

-Sí, pal maglar o pa la boca.

Pero los perros tomaban cada vez más parte en el acto. Así que Matayeguas tuvo que intervenir.

-Ya chumiko, maldito, tomá , ipá! -y lo pateó al pobre.

Pinto se salvó de la patada porque logró preveerla.

-iUy!, iuy!, iuy! -se fue Chumiko bajando la cola.

iPobrecito Chumiko!, pensaba Pinto. Pero igual no lo soportaba, rivalidades siempre han existido. Y Tavo continuó:

-Hoooy vaaaamos paaal maaaanglar.

-Qué bien, y van todos -escurrió el Matayeguas como si se sacara la lotería.

-Ssssí.

Pero no se la sacó, sus intenciones se le fueron al suelo. Pero de todos modos algo estaba planeando el Matayeguas, toda información le podría servir.

-No me digás, tu mamaíta también.

-Ssssí.

-Güeno, nos viamos ah, y... no le vayás a decir nada a tu tata del chocolate, es mejor que no se dé cuenta, estamos confisgao. Y desapareció en la Maleza de un lote vacío que daba a la playa, por donde vino Chumiko anteriormente. Con machete en mano y cigarro en boca el Matayeguas se fue caminando hasta que no quedó rastro de su sombra, lo mismo que Chumiko. Tavito se chupaba los dedos de la hartada de chocolate que se dio como un cachiflín, vale la pena, pensaba él. Pinto lo miraba extrañado, esperando recibir aunque sea el papel. Al final lo recibió.

Tavito terminaba de limpiar los trastes, ya la Presunta Culpable había finalizado y la Gorda miraba alrededor como esperando la orden de su marido.

-Güeno ya, Tao, listo -le dijo Moncho.

-Yayaya voy.

-Uy qué mula, lento tras de eso.

-Y usted Yanorita, ilista!

-Sí, ya voy Pa.

-¡Total!, a ver que sale hoy, segurito que igual, está güena la carambada -dijo Moncho.

Y se fueron para el manglar. Tomaron las redes y los anzuelos, un saco para traer los pescaditos o las jaibas que salieran en la malla.

Al parecer iba a ser buena la pesca ya que estaban de suerte en esos días. Pinto los seguía un poco nervioso, ya se sabe que los perros sienten más allá de sus sentidos. Pero igual iba moviendo su cola de un lado pa otro como en un día de campo.



Gabriela Scheffler, México

Entrevista

por Chema Rodríguez

Hablar con Gabriela Scheffler no deja indiferente. Transmite pasión por su trabajo, fé en los valores más elevados de la vida, curiosidad por seguir aprendiendo... y todo esto velado por cierto tipo de timidez muy bien disimulada con una sonrisa que desarma. Unos ojos exploradores, nariz avispada, pómulos conciliadores y manos que serenar toda la energía de la artista es lo que tengo ante mí. Grabadora, amante, madre y amiga, consigue mantener con firmeza su individualidad y su espacio, protegiendo así un universo que se abre en las profundidades de su médula. En la calma del estudio, rodeados de jardín, pájaros y viento, nos reencontramos Gabriela y yo. Amigos y compañeros desde la universidad, no tengo más remedio que afilar la saeta de mis preguntas, muy a pesar de Gabriela, que se encuentra más cómoda hablando de otras cosas. Lo siento. Hoy nos toca hablar de ti.

CH: Una infancia en México D.F con una formación sensible al Arte. ¿Cómo son esos años?

G: Bueno, los recuerdo positivamente. De niña en el colegio ya destacaba en las clases de dibujo y me animaban a seguir este camino. El resto de la formación profundizaba en las raíces de la historia y el arte mexicano, las culturas precolombinas, su tecnología punta en astronomía, medicina, conocimiento del medio, etc . Todas estas cosas nos iban calando. Nos llevaban al Museo Arqueológico del D.F., y a Teotihuacan, conocí Palenque y Bonampak. ¡Yo quería ser

arqueóloga de niña!



C.H: ¿Y en familia, cómo es la gestación de una artista?

G: Para esto tuvimos mucha suerte. A mis padres les encantaba el Arte, y viajábamos mucho para poder visitar principalmente museos, siempre museos. Nueva York primero, y después París. Me impactaron el MOMA y el Louvre. Tenía dieciséis años. Un hallazgo genial: las esculturas del Museo Rodin. ¡Aún hoy me emocionan como aquel día!. Visitamos también Londres, con su Tate Gallery y el British. Aquí ya empecé a tener contacto con el Arte Contemporáneo.

CH: Y después de este grand tour, Gabriela, un período como alumna interna en un colegio suizo. El enclave de este país, cruce de caminos en las peregrinaciones del Arte entre Italia, Francia, España y Norte de Europa:¿Cómo te marcó tu vida ahí?

G: Bueno, todos los jueves y sábados teníamos visitas a ciudades y estaciones de esquí. Nos organizábamos por nuestra cuenta porque el objetivo fundamental del colegio era aprender francés. Lo del interés artístico lo teníamos que mantener vivo nosotras. Conocimos los museos que pudimos, pero en esta época nos sumergimos de lleno en una naturaleza salvaje que nos

sobrepasaba. Las montaña, los lagos... Esta contemplación de la naturaleza en su pureza para mí era tan placentera y formadora como ir a los museos.

CH: ¿Con qué personajes identificas tu infancia y juventud, que tanto hayan modelado a la Gabriela de hoy?

G: Con mis padres, por supuesto. Humberto y Sonia.



CH: ¿Y cuándo te pones manos a la obra, a dar forma a tus inquietudes?

G: Ya de adulta, siendo madre, con mis hijos con cierta autonomía, busqué en Málaga, donde vivía, un taller de un magnífico profesor, Pepe Robles Muñoz, que nos enseñaba con modelos en escayola, bodegones de flores y frutas, a dibujar a carboncillo con la precisión y la tradición de Ingres.

Fue este profesor el que al mudar mi residencia a Sevilla me animó a ingresar en Bellas Artes, me animó mucho. Dijo que estaba preparada y que el paso por la Universidad me abriría horizontes y perspectivas necesarias para hacer de esto una verdadera profesión.

CH: Si ya llevabas una trayectoria de dibujo y pintura, ¿qué te aportó pasar por Bellas Artes?

G: Conocimiento: Gran variedad de procedimientos pictóricos, que me animaron a dar el salto a otros tipos de pintura, con búsqueda de la abstracción mediante texturas. Esta experimentación en la pintura casi de manera natural me dirigió al grabado. Primero con técnicas y figuración tradicionales, como el aguafuerte, el aguatina, punta seca.... hasta que investigué el collagraph. Me apasionó el preparar previamente con pasta la plancha y pensar en todo momento en la "piel" del soporte, en sus transparencias a la hora de entintar. Esta pasión por las veladuras ya venía en mi paleta desde que comencé pintando hiperrealismo.

Decidí terminar la especialidad de pintura para hacer una segunda maestría en grabado y diseño. Ahí ya con el collagraph definí los colores que tanto trabajo me costaba usar sin matizar en pintura.

CH: ¿Es difícil el uso del color en collagraph? ¿Cómo entintas?

G: Pues mira, sí, es difícil. Debes ser minucioso para no ensuciar cada color que pones en la plancha. Yo entinto en hueco y en relieve, tienes que poner mucho mimo en esto. El resultado merece la pena. No suelo hacer tirada en collagraph porque me gusta la idea de obra única en técnicas apropiadas para edición múltiple. Me siento investigadora. Cuando estampo un grabado, ya estoy pensando en el siguiente. No aprovecho el carácter múltiple de estas técnicas. Puede que a mí, en este momento, me reste fresca la idea de estampar a gran escala. Sí me apetece, sin embargo, reciclar planchas para a partir de fragmentos concretos, desarrollar obras completamente nuevas.

CH: Gabriela, ¿Qué te está dando el grabado que no hayas encontrado en la pintura?

G: Con el collagraph, por ejemplo, hago tareas de dibujante, escultora, pintora, casi alquimista... en el grabado hay cosas que no puedes controlar y existe el factor sorpresa, al entintar, por ejemplo. Es cierto que el azar tiene algo que decir. Eso me gusta.

CH: Quiero que te implique en este momento: algo a favor y algo en contra de estudiar grabado en la Universidad de Sevilla.

G: En Sevilla encontré algunas deficiencias porque no hay muchas horas destinadas a taller y si no tienes práctica en el taller no haces oficio. Dominando el taller te despreocupas de muchas cosas para afrontar la fase creativa de otra manera. Quizás lo peor es cómo siguen unidas en la misma especialidad disciplinas tan distintas como son el grabado y el diseño. Nuestros compañeros diseñadores que no les interesaba el grabado, ocupaban el taller a todos los efectos sin sacarle provecho. Esto baja el nivel del grupo y es una pena. Los grabadores en las asignaturas de diseño, hacían lo mismo, claro. Trabajar al lado de alguien interesado en lo mismo que tú es algo que no valoras hasta que no te ves en la soledad del estudio cuando haces de esto tu día a día.

CH: ¿Y Lo bueno?

G: Ja,ja,ja.... Muchas cosas. El intercambio de opiniones y lo que aprendes de los propios compañeros con los que compartes muchas horas, o tener una buena profesora, como María del Mar Bernal que nos aportó el hábito de la disciplina, el orden y la limpieza o Maite Carrasco que nos empujaba siempre a seguir investigando, trabajar duro y superar

los obstáculos que siempre se presentan, a no quedarse únicamente en la parte estética de la obra, si no a sacarle el máximo rendimiento a la técnica.

CH: ¿Algún grabador que te haya marcado en estos años?

G: Rembrandt y Goya, por supuesto, y más cercanos a lo que se hace hoy, Tapies, Canogar, Chillida, Lucio Muñóz o pintores como Dubuffet, De Kooning, Hundertwasser o Esteban Vicente.



Ch: ¿ Qué relación tienes como grabadora con el papel? ¿Crees que se va a acabar como amenazan los frikis de Internet? ¿qué significa para ti como soporte que hace posible tus sueños?

G: No creo que el papel acabe, jajaja...Yo utilizo un papel hecho en el País Vasco, con mucho gramaje para que al pasarlo por el tórculo no se rompa, ya sabes que las planchas que hago tienen bastante relieve...la fibra es más larga, y da muy buenos resultados. Incluso me permite aunar las técnicas de collagraph y serigrafía y esto es gracias a este papel. Hoy día hay mucha variedad de papeles, para todo lo que quieras estampar, puedes encontrar formatos y cualidades apropiados. Francia tienen grandes fabricantes y los papeles japoneses son extraordinarios.

CH: ¿Haces dibujos previos a tus collagraphs, bocetos preparatorios?

G: Qué va, al contrario. Intento algo más espiritual y espontáneo. Las formas van apareciendo y hago de moderadora. Dejo actuar al azar y a mi intuición. Imagino muchas cosas, pero me viene la imagen de los hombres de las cavernas, arañando en la arcilla de las paredes de la cueva pidiendo en silencio lo que para ellos era imprescindible: fertilidad, vida, alimento...

Así aparecen esas formas entre colores, que parecen fósiles, insectos, colores... líneas y espirales, esqueletos de hojas...

CH: **Gabriela, a lo mejor te ríes, pero, las planchas que tienes limpias en el estudio, me encantan, deberías enseñarlas. Son relieves maravillosos.**

¿Cuándo las vas a mostrar?

G: Es curioso, me han dicho varias veces que las exponga. A mí también me gustan, las texturas dicen mucho de mí, pero , Chema, no puedo prescindir ahora del color, ya lo sabes...

CH: **Es verdad, pero déjanos disfrutarlas algún día....**

G: Todo se verá.

CH: **Dinos entonces qué se cuece en tu paleta, qué quieres decir con el color, qué es para ti?**

G: Al principio empecé en entintar en colores tierra, para los huecos , y en colores fuertes el relieve, lo que daba aspecto de óxidos y pátinas de metal muy sugerentes. Después he ido adoptando colores más vivos, con gamas más amplias. Me propongo entintar con menos tonos las

planchas, pero escucho lo que me pide cada obra y termino por generar diez, doce o más tintas que dan la tensión y vibración final que buscaba. Tardo muchas horas en este proceso. Turquesas, verdes, naranjas, son la energía que apporto a mi trabajo, a mi guardarropa, me envuelvo en ellos y trabajo con ellos. Son la voz de mi creación, las flores de este invernadero.

Creo que los colores proceden del jardín que veo desde las ventanas de mi estudio, no son colores urbanos, ni siquiera es todo abstracción.

Formas orgánicas que brotan casi sin pensar. A mí los colores me hablan de la naturaleza, y del cielo, estrellas y fósiles, formas. Quizá es un recuerdo de mi infancia mexicana, no sé...

Por un momento Gabriela se queda sin saber qué decir. Si pudiera terminar su frase, diría que sí, que su obra está llena de energía, es una excavación arqueológica de su universo (su pasado, su presente y su futuro irrumpen sin orden lanzando llamadas a la armonía). Lirismo, Chagall, Altamira, Desorden, De Chavannes, tantos nombres... podrían pasear por sus papeles, habitantes sin tiendas donde pasar la noche.

G: Chemis, ¿quieres otro café?

CH: **Pensé que no lo dirías nunca...**

Hilda Mayer-Iocco, Argentina

EL SECRETO DE JUAN (Historia basada en un hecho verídico)

"Barrio tranquilo de mi ayer..."

Enrique Cadícamo, del tango: "La casita de mis viejos"

La historia aconteció en un plácido barrio situado en los alrededores de la ciudad de Buenos Aires, en uno de los tantos que, como perlas de variadas formas y tonalidades, coronan a la "Reina del Plata". Se trataba de un conglomerado relativamente nuevo, habitado por prósperos comerciantes, dinámicos empresarios, profesionales, militares y alguno que otro representante de las artes visuales y escritas.

Como en muchos otros barrios constituidos por una clase media - más o menos acomodada- resultaba familiar la presencia *del jardinero* encargado del cuidado de los muchos y variados jardines; y también de *un sereno* quien cada noche recorría las calles del barrio con el objeto de impedir cualquier intento de robo. Éste último solía ser blanco de muchas críticas porque, según los vecinos, nunca se hallaba en el lugar "de los hechos", es decir, donde más se lo necesitaba. Asimismo, otros personajes formaban parte de la vida del barrio: los *repartidores de leche y periódicos* quienes, al igual que los *recolectores de basura*, pasaban cada mañana muy pero muy temprano; también el *panadero* que solía hacerlo hacia el mediodía. Una o dos veces por semana las calles rebosaban de bullicio al ser recorridas por *el verdulero* con su típico carro arrastrado "a pulmón". Al grito de "Veeeeééérdulérooo", entre venta y venta solía regalar frutas a los chicos y ramilletes de "verduritas para el puchero" a las amas de casa. Un personaje inconfundible era también *el cartero*.

Se desplazaba en una vieja bicicleta negra en cuya parte delantera estaba sujeta una enorme valija de cuero de la cual desbordaban cantidades de sobres de diversos tamaños y adornados con vistosas estampillas. Cada tanto pasaba *el afilador* de tijeras y cuchillos montado en un singular vehículo accionado a pedal y en el cual se hallaban instalados la piedra pulidora y demás herramientas de trabajo.

El barrio era lindo ...

Cómo no serlo con sus chalets de estreno casi reciente, habitados por jóvenes (y no tan jóvenes) familias y, sobre todo, con un cosmopolitismo capaz de desafiar a cualquier gran ciudad europea de nuestros días: españoles, italianos, rusos, turcos, húngaros, ingleses, holandeses, polacos, alemanes, franceses y alguno que otro criollo metido entre medio...

Las calles del barrio, cuidadosamente pavimentadas, tan escasamente transitadas por autos y camiones, eran la delicia de los chicos, el mejor jardín del mundo para desplegar toda la fantasía y la creatividad; porque, entonces, se vivía mucho en las calles. Éstas eran, verdaderamente, el lugar del encuentro infantil cotidiano, del intercambio, apuestas y competencia de figuritas, de la charla y la pelea, de la bici y los patines, de los múltiples y variados juegos, entre ellos la escondida, la mancha (en especial la "venenosa") y el fideo fino. Entre tantos juegos había un predilecto: la rayuela. Con mucho cuidado los participantes

debían dibujar los diferentes rectángulos, numerarlos y elegir la piedrita justa, la preferida según peso y color, aquélla milagrosa que les permitiría ganar y así alcanzar el cielo ... Tal era la tranquilidad de los días en el barrio, que aquellos "amuletos" de rayuela solían permanecer durante largo tiempo en las calles en el mismo lugar en que las dejaban sus propietarios.

"¡Te vas al cielo!", "¡Te fuiste al infierno!" Que sí, que no, "que me paro en un pie y, ¡uy!, tengo que agarrar la piedrita en un lugar difícil del N° 4. ¡Ufa!, no alcanzo, te toca a vos" y...

Y así, entre rayuelas cortazianas y otras hierbas, transcurrían los días y con ellos los años.

De pronto, el barrio fue creciendo en edad, y con él sus habitantes menudos. Entonces, las partituras de vals de Chopin de las alumnas de piano y los rodetes (moños) envueltos en fina red de las aspirantes a bailarinas, dejaron paso a las jóvenes soñadoras.

A Alicita el paso del tiempo no la había transformado demasiado.

Ni fea ni linda, pero sí graciosa y sociable.

Cuerpo esbelto, rostro armonioso, una melena de ondas suaves había reemplazado a las trencitas de la niñez.

Alicita caminaba grácilmente, con la elegancia de las ex-alumnas de ballet clásico. Además, era una chica buena, amable con grandes y pequeños, con los vecinos y los parientes de los vecinos, obediente, estudiosa, y...

Su futuro se entreveía claramente como el de una formidable, perfecta ama de casa, madre de familia y *bien casada*, con un destino sin grandes historias pero sí, en todo caso, con la promesa de una vida holgada, disciplinada y tranquila.

La joven en cuestión pertenecía a una familia de corte tradicional, integrada por un padre bastante mayor y una madre dinámica,

respetuosa y emprendedora a pesar del proteccionismo marital. Habitaban en una vivienda confortable y convencional, como la mayoría de las de aquel barrio.

En aquella casa todo estaba donde tenía que estar y todo se hacía como se debía hacer, no como en la nuestra donde mi padre, siguiendo el lema de que las casas eran para ser vividas ("nada de museos"), no sólo gustaba de hacer su mini siesta (diez minutos exactos) estirado en el sillón grande del living sino que cada tarde, al regresar del trabajo, gustaba arrojar desde cierta distancia el portafolio y la campera o chaqueta de turno para dejarlos caer sobre un sillón de la sala. Allí permanecían un buen rato... hasta que luego, casi con resignación, iban a parar: el abrigo al perchero de la entrada y el portafolio, como su dueño, al pequeño escritorio en el cual se seguiría trabajando hasta tarde. Aquél representaba, tal vez, un gesto de libertad y desahogo de papá, un cierto placer transgresor en los duros días laborables.

Pero, en general, en lo de nosotros se daba una suerte de orden desordenado.

Por el contrario... en casa de Alicita todo era bastante diferente. Allí reinaba una maravillosa armonía -y una pulcritud a prueba del dedo más perspicaz- merced al trabajo diario permanente de dos abnegadas empleadas domésticas.

Además, en aquel hogar existían, como en todas las familias aunque de índole diversa, ciertos ritos ineludibles, así el té de la tarde -five o' clock- con vajilla de porcelana y plata y deliciosas masitas; y los desayunos completos que, además de mantequilla y mermelada, incluían huevos pasados por agua y apetitosas fetas de jamón.

Por lo demás, un simpático, blanco perrito de larga cola y fino hocico rondaba siempre por las habitaciones. En fin, era una típica casa burguesa habitada por personas atentas a las

convenciones, celosas de las apariencias y cuya vidas se desenvolvían -metafóricamente hablando- como una cinta preciosamente adornada, un camino sereno donde cada etapa llegaba sin ruidos y sin temores. Un trazado limpio, seguro y sin manchas. Pero... hete aquí que una vez llegó alguien que habría de desestabilizar a aquellos tranquilos espíritus.

Juan era un muchacho atractivo que rondaba los 19, 20 años. Primo y sobrino de otra familia del barrio, comenzó a venir asiduamente después de haber conocido a Alicita en una reunión ocasional. Es verdad que ambos habían simpatizado desde el primer momento del encuentro. Poco a poco, una especie de camaradería -o amistad- se había ido instalando entre los dos hasta aquel día especial, inolvidable, en que un tímido beso selló la relación en una complicidad amorosa.

Los padres de Alicita vieron con buenos ojos el inicio de aquella relación. Juan provenía de una familia convenientemente solvente, había concluido sus estudios en el Liceo Militar y, si bien no manifestaba todavía una vocación bien definida, el tiempo se encargaría de precisar las cosas.

Era lindo verlos pasar tomados de la mano: Alicita caminando como a los saltitos mientras Juan, sosteniéndola con firmeza, sonreía abiertamente como diciendo: "Es mía, mi Alicita del alma". Era un gusto ser testigo de aquella relación serena, casi inocente, adecuada, en la cual todo correspondía como debía ser. Muy lejos se encontraban otros jóvenes vecinos, los inquietos de siempre, los cuestionadores, los... un montón de especímenes que vivían dentro del perímetro imaginario de convenciones pero cuyos pensamientos saltaban más y más allá en busca de otras realidades, como las piedritas "sapo" arrojadas en las plácidas aguas de una laguna.

En fin, todo hubiera seguido así de tranquilo si no hubiera sido que Juan, un día cualquiera, recibió una picadura y con ella algo interesante pero peligroso: el aguijón de la curiosidad y el deseo.

Evidentemente, Alicita era su amor verdadero y ya se lo había manifestado de muchas maneras: invitaciones a tomar helado, tardes de cine, fiestas en casas de familia, lindos regalos, etc. Pero... que Alicita no se dejaba tocar más allá de los dedos de las manos.

Juan comenzó a sentirse turbado - y hasta apremiado- cada vez que tenía cerca el cuerpo núbil de su novia. Cómo hubiera deseado asestarle un buen apretón, de esos que descomponen el alma. Pero no... que Alicita, además de romántica empedernida, era una muchacha correcta y jamás sucumbiría a un deseo malsano, a un manoseo vulgar. Porque tanto para ella como para sus padres, la seriedad y la decencia no sólo había que vivirlas sino hacerlas ver a los demás. Importante no era "ser" sino también "parecer", base de la moral familiar.

De allí que el pobre Juan, cada vez que, bailando al compás de una balada del estilo de "Put your head on my shóoooooulder" de Paul Anka, intentaba una proximidad envuelta en dulce caricia pues... irebotaba! porque Alicita, con una generosa presión de su pequeña mano izquierda sobre el hombro derecho del chico, destruía en un segundo el más insignificante anhelo del enamorado. Así las cosas hasta que... Juan tuvo la idea genial...

Dado que sus manos no podían llegar a conocer a Alicita más allá de un contacto avaro, sus ojos romperían todas las barreras, espiándola en sus momentos de intimidad.

En la vereda de la casa de la muchacha se alzaban dos preciosos árboles -imponentes jacarandáes- uno de los cuales se hallaba justamente delante de la ventana

del dormitorio de Alicita. Así, este noble vegetal fue el elegido por Juan para llevar a cabo su "experimento de verdad" como diría Paul Auster.

Entonces, con paciencia y ansiedad al mismo tiempo, luego de diversas evaluaciones y de preguntas discretamente formuladas acerca de hábitos vespertinos y nocturnos de la familia de Alicita, Juan esperó el día, mejor dicho, la noche perfecta para llevar a cabo su plan, es decir, para iniciar una nueva y significativa etapa en su aventura amorosa.

La primavera había hecho acto de aparición en los jacarandáes (y en los tilos) del barrio a través de tiernas hojas y flores perfumadas. Dado que el clima se había entibiado, endulzando como nunca, todo invitaba a mantener abiertas las ventanas de los dormitorios con las persianas levantadas y las tenues cortinas de "voile" ondulando, lánguidamente, ante la suave y persistente brisa nocturna proveniente del Río de la Plata.

La casa frente a la cual se hallaba la de Alicita, del otro lado de la ancha calle, estaba casi permanentemente deshabitada. De manera que, pensaba Juan, nada disturbaría el secreto tan bien guardado en su corazón.

Llegado el día propicio, dado que vivía en las cercanías, no tuvo mayores dificultades en aguardar pacientemente a que anocheciera para poder aproximarse, de manera sigilosa, a la casa de su amada. Observando con cuidado las ventanas de la planta baja, fue viendo cómo, poco a poco, las luces de la sala se iban apagando una detrás de otras mientras las del primer piso iban surgiendo en medio de la oscuridad como rutilantes luceros en fantásticas noches estrelladas ¡ah! tan extraordinarias como aquéllas que vivirían sus ojos glotonos.

Entonces, una vez confirmado el lenguaje de las luces, rápida, ágilmente, trepó a las ramas del

árbol, otrora estratégicamente plantado con el fin de proteger las ventanas de miradas curiosas. Trepó y trepó. Al principio sintió cierto temor ante una posible caída, pero, luego de un minuto, la promesa de las futuras visiones lo empujó hacia arriba como si una sogá invisible, sostenida por algún duende travieso, lo subieeera hasta el lugar apropiado: la altura exacta de la ventana del cuarto de la amada. Una vez allí, Juan tuvo una sensación de satisfacción ya que las ramas fuertes, seguras -evaluó- eran los guardaespaldas (y "guardapechos") perfectos que lo ocultarían del resto del mundo.

Casi se desmayó en el momento en que, luego de haber prendido la luz de la mesa de noche, Alicita comenzó a desvestirse... No pudo precisar cuánto tiempo duró la escena, a lo mejor escasos segundos, los necesarios para reemplazar la ropa diurna por el camisón. En todo caso a Juan se le hicieron eternos, rebosantes de una plenitud que no tenía comparación alguna con otras experimentadas antes, es decir, antes de su Alicita del alma ...

Cuando la ventana comenzó a dormir el sueño del próximo día, cuando la noche, con suave y oscuro tul se instaló en la habitación, Juan descendió del árbol con precaución pero gozoso, diciéndose que ésa sería la primera de innumerables noches de espera y de placer.

A partir de aquellas horas intensas, la vida del muchacho tomó un giro particular. Ansioso, descuidando algunas actividades, no hacía sino esperar el anochecer en que los pasos hambrientos lo llevarían hasta el jacarandá, su árbol cómplice y amigo, su árbol de la vida ruidosa que corría al galope sobre los verdes pastos de sus años jóvenes.

A nadie contó su picardía, ni siquiera a Roberto, su primo y amigo preferido. Aquél fue su Secreto, así con mayúsculas, el secreto mejor guardado de toda su vida.

A veces, conversando distraídamente con Alicita y la familia de ésta, cierta intranquilidad, cierto nerviosismo se adueñaban de sus pensamientos. "No tienen ni idea de mis correrías nocturnas." –se repetía mentalmente como intentando serenarse. Era altamente improbable que lo descubrieran porque actuaba con suma cautela. Procuraba llegar a la casa de su amada tratando de no ser visto por nadie conocido y, desde el otro lado de la calle esperaba, medio oculto, el momento apropiado en que ningún transeúnte pudiera sorprenderlo en actitud sospechosa.

De manera casi banal fueron transcurriendo las noches, amparando siempre las voluptuosas, clandestinas miradas de Juan dirigidas, puntualmente, a la contemplación del cuerpo desnudo tan deseado. Hasta que... en una de esas maravillosas noches de la primavera bonaerense, una mano del destino (¿la mano de Dios?) se extendió caprichosamente alcanzando la vida del joven enamorado.

Quiso la casualidad que el vecino de la casa lindante con la de Alicita olvidara sacar a la calle la bolsa de residuos que acostumbraba depositar en el borde de la vereda, al final de cada tarde. Muy temprano -alrededor de las cuatro de la madrugada- solían pasar los recolectores montados en viejos pero sólidos camiones. Al descubrir su olvido ya en la noche, el hombre decidió llevar los desperdicios afuera aprovechando el espacio de propagandas entre un programa y otro de televisión.

Como ninfas despreocupadas, las horas se habían zambullido ya en una profunda oscuridad.

Fue en ese preciso instante que el destino agarró fuertemente a Juan. No había trepado al árbol más que unos centímetros -los suficientes para estar lejos del suelo pero no de la vista, todavía, de cualquier

posible transeúnte- cuando el viejo salió con su diminuta carga.

Y, con la inesperada complicidad del farol de la calle, alcanzó a ver algo que se movía en el árbol de la casa de al lado. Era como una sombra rara, siniestra... Dado el tamaño del bulto, rápidamente descartó la posibilidad de algún gato callejero en busca de gorriones dormidos.

Entonces, con voz miedosa disfrazada de decisión, preguntó: "¿Quién anda ahí?". Hubo un silencio inquietante como respuesta, en tanto la sombra desapareció entre las tupidas ramas.

Una vez más, ya casi asustado, repitió la pregunta. Como no obtuvo sino un laaargo, larguísimo silencio, en medio de un espacio negro de inseguridad, el vecino comenzó a gritar: - «¡Ayuda, ayuda, sereno, policía, hay un ladrón en la calle! ¡Ayuda, ayuda!»...

Como era de esperar, velozmente se encendieron luces y se abrieron puertas de entrada en todas las casas de los alrededores; y empezó a salir gente, entre ella Alicita, todavía con el vestido puesto y sus padres con respectivas batas disimulando los pijamas.

Juan no podía creer lo que estaba sucediendo. Quedó como petrificado, como una rama muerta de espanto, como un parásito vegetal pegado a su árbol de la vida alegre y placentera. A lo lejos se oyó una sirena y, a poco nomás, casi al pie de su escondite, estaba ya estacionado un auto de la policía. De él descendieron dos hombres de fuerte contextura quienes, luego de pedir al vecindario que despejara el lugar, comenzaron a dar vueltas en torno al árbol con sendas linternas orientadas hacia arriba, es decir, hacia la alta copa.

Dado que Juan llevaba vestimenta de color oscuro, los haces de luz no lograban identificar a la extraña figura reseñada a través de las explicaciones nerviosas del viejo vecino. Entonces, los "canas"

comenzaron a imprecicar a la presencia invisible:

—Vamos, tirá el arma y bajá que te tenemos rodeado.

—¿iQué *qué* arma!? —tartamudeaba un angustiado Juan mientras entre un mínimo espacio de claridad entre flores y hojas miraba, desorbitado, las cabezas de Alicita y sus padres que, desde cierta distancia, estaban dirigidas hacia el lugar donde se hallaba acurrucado.

¡Ni soñar! ¿Cómo podría descender llenando así de vergüenza no sólo su vida sino la de su amor del alma y su respetable familia?

De a poco, atraídas por tanto revuelo, fueron llegando más personas transformando así la calle y las veredas en una auténtica romería. El aire se fue cargando de ansiedad hasta que uno de los policías, valerosamente, decidió trepar al árbol para enfrentar al ladrón.

Fue en ese momento que, con su secreto hecho añicos y con aceptada resignación ante lo inevitable, Juan resolvió enfrentar la situación y comenzó a descender lentamente. Con las manos empapadas en transpiración, qué va, con el cuerpo entero sudando lágrimas, llegó al pie del árbol. Las linternas lo enceguecieron mientras un grito desesperado de mujer saltó disparado al cielo: «¡Juan! ¡Vos!», «¿Qué hacías allí arriba?»

Como era de esperar, la conducta del pobre muchacho quedó expuesta ante la autoridad policial, Alicita, la familia de ésta y el vecindario entero. La madre de la joven, en medio de rotundas exclamaciones de dolor, se desplomó en brazos de su esposo. Los vecinos comenzaron a murmurar en medio de exclamaciones.

De repente, casi todos fueron testigo, a Alicita se le humedecieron los ojos. Pero, en lugar de

vergüenza o enojo, aclarado por las luces de la calle, su semblante adquirió un aspecto desconocido aunque radiante.

¿Qué tiene esta chica? ¿Se habrá vuelto loca? —se repetían unos y otros—. Pero no...

La transfiguración del rostro se había producido en el momento en que, en medio de algo parecido a la desesperación, su mente atrapó una sensación que volaba entre los pensamientos desordenados: la certeza de sentirse lo suficientemente atractiva como para despertar enardecedoras pasiones. Esta confirmación la colmó de orgullo y seguridad, hasta de cierta vanidad, en fin, de una particular, femenina satisfacción. Entonces, en medio de tanto barullo, empezó a reír y reír al tiempo que abrazaba al consternado Juan...

En verdad, lo acontecido fue "para alquilar balcones". Aquella noche se prolongó, por un lado, en las veredas entre comentarios y bromas; y por otro, en el interior de una casa, entre silencios infinitos. Tiempo después, los padres de Alicita anunciaron el próximo enlace de su hija. No podía ser de otro modo luego... del escándalo. Para restablecer el honor de la familia sólo cabía la posibilidad del casamiento.

Y así, una simple anécdota apuró la vida de dos chicos muy jóvenes a fin de salvar del "qué dirán" a unos respetables vecinos. Sin embargo, los años demostraron que, después de tanta prisa, la decisión había sido adecuada porque la pareja llegó a conformar una familia estable y numerosa hasta donde se supo. Con el paso del tiempo —gran maestro— los comentarios risueños fueron diluyéndose hasta perderse en el olvido de todos los habitantes del barrio, en fin, de casi todos...

Alfonso Arrivillaga Cortés, Guatemala

Soy un amante del silencio

Entrevista a Alfonso Arrivillaga por Gemma Gil del periódico Prensa Libre de Guatemala. Especializado en etnomusicología, Alfonso Arrivillaga lleva 25 años estudiando y grabando la memoria sonora de los pueblos guatemaltecos. Desde que empezó en la antropología quiso estudiar los grupos menos visibles para el resto de la sociedad. Quizá por eso, luego de terminar sus estudios en el Conservatorio, eligió entregarse al xul, una flauta hecha con caña de bambú y embocadura de cera negra de abeja. Especializado en etnomusicología, es decir, en el estudio de las expresiones musicales y su relación con la cultura de los pueblos, Alfonso Arrivillaga disfruta y explora el sonido de los silbatos precolombinos y, siempre que puede, le gusta ir a los pueblos para compartir con los piteros la tradición viva. Hace 25 años que este hombre afable, que se describe como anárquico —“Ni dios ni amo, pero cumpliendo”—, comenzó a grabar las expresiones musicales transmitidas de forma oral, de generación en generación. Sus archivos son la memoria sonora de Guatemala.

¿Cómo comenzó en esta profesión?

Siempre sentí el gusanito de la antropología, entendida como el conocimiento de la frontera, pero llegué a este campo por el arte, porque lo mío siempre ha sido la música. Cuando terminé mis estudios en la Universidad de San Carlos, como era egresado del Conservatorio, hice una maestría en etnomusicología en Venezuela.

¿Cómo empezó con el xul?

Aprendí en los 80, cuando empecé a

investigar con los indígenas kaqchikeles en los pueblos de Sacatepéquez.

¿Cómo fue para un joven ciudadano esa experiencia?

Quería despojarme de lo que yo era para entender al otro, y me di cuenta de que compartíamos un lenguaje común, pero no universal, porque creo que la música es un lenguaje singular de cada pueblo. Empecé cargando el tambor; compartimos algunas borracheras que ayudaron a abrir espacios y luego empecé a tocar con ellos y, sobre todo, a grabar su música. La experiencia fue fantástica, porque ocurrió en un contexto en el que los jóvenes tocaban quena, zampoña, rondadores. Interesarse por el xul era casi como hacer un acto de fe. Aún hoy los chicos no se asoman a la chirimía o al pito, como mucho, se interesan por la marimba.

Lo dice como si no le gustara mucho la marimba. Sí me gusta, tiene una conexión africana y el estudio de las culturas caribeñas es otra de mis pasiones, pero nos debería dar pena que sea nuestro instrumento nacional y que los mejores festivales del mundo los tengan los chiapanecos.

¿Cómo se rastrea esa conexión africana?

Si comparas el balafón de tecomate de Burkina Faso con nuestra marimba no ves muchas diferencias. Sin duda hay una conexión africana, aunque no creo que se pueda hablar de origen, porque éste es un instrumento que se pierde en la memoria de la humanidad, por ejemplo, también existe en Asia. Probablemente, el balafón llegó a América con las primeras

poblaciones negras coloniales y los indígenas, que eran pueblos muy musicales, lo hicieron suyo. De todos modos, los mayas también tenían el tun, que es un tambor de madera ahuecado y con una incisión en forma de H. Las baquetas funcionan con un principio parecido a la marimba.

Parece que no le convence la idea de que sea el instrumento nacional.

Fue uno de los íconos elegidos por la burguesía criolla que a finales del siglo XIX buscaba definir la nación, pero a la juventud actual no le gusta. El cuatro, entre los venezolanos, es un instrumento nacional no por decreto, sino porque se toca. Me parece que el discurso sonoro de la marimba está estancado y es sorprendente, porque estamos ante un instrumento de percusión y, por tanto, muy versátil.

Sin lugar a dudas, los jóvenes prefieren el reggaetón.

Aquí influyen los medios de comunicación, que son un arma masiva que uniforma, pero también hay una explicación sociológica: estas expresiones musicales nos llevan a un universo de tribus urbanas. No digo que el reggaetón no sea válido; pero debería haber otras opciones, porque la música es el desarrollo cognoscitivo de los pueblos.

¿Hasta qué punto la música habla de la idiosincrasia de los pueblos?

La música representa las significaciones de los pueblos y tiene un fuerte contenido espiritual. Ayuda al desarrollo, porque es cognoscitiva, es el lóbulo parietal derecho, desarrolla habilidades psicomotrices...

¿Y qué nos enseña de Guatemala?

Que es múltiple y variada. Predomina la construcción sonora occidental, pero ahí está lo ladino, lo

garífuna y lo indígena, que implica a muchos grupos. La música indígena es muy libre e invitadora. Hay música para el nacimiento, para la vida, para la recreación, para la muerte, para las ánimas, y no sólo instrumental, los mayas también cantan. Ahí están las cantilaciones de las mujeres mayas cuando tortean, los arrullos con que duermen a los niños, las hermosas polifonías que se cantan durante la siembra. No olvidemos que cuando llegaron los conquistadores quedaron maravillados con las cualidades musicales de los indígenas.

¿Qué le ha enseñado esa música indígena?

La espiritualidad. En el mundo indígena, la chirimía y la marimba son música, pero el xul es palabra, es oración, es lenguaje, es comunicación, sobre todo con la lluvia y los truenos. Es todo un universo... ¡aunque resulta más interesante oírlo que explicarlo! Supongo que muchas de esas melodías estarán en sus grabaciones. Tenemos 350 horas de música grabadas en todo el país durante los últimos 25 años. Ahora están en una caja fuerte, porque es un archivo que ha sufrido bastante: por ejemplo, en 1985, cuando el Ejército entró en la Universidad (San Carlos), lo tuvimos que sacar en bolsas de basura. Para mí, ese archivo es la memoria histórica del país. Ahí está Río Negro. Nadie se imaginó que cuando grabamos su música se convertiría en el último legado de esa comunidad.

Cuando llega a casa ¿qué escucha?

Soy un amante del silencio.

¿Hasta qué punto podemos saber cómo era la música que escuchaba la antigua civilización maya?

Al estudiar el fenómeno melódico encontramos formas que no son

europas, ni árabes ni africanas y que, por descarte, podrían ser de carácter precolombino. Yo experimento con instrumentos musicales mayas, lo que nos acerca a su mundo sonoro, pero no podemos saber bajo qué ritmos o principios armónicos se estructuró su música. La arqueomusicología tiene mucho que decir en este país, porque la música tuvo que ocupar un lugar central.

¿Cuáles fueron sus instrumentos?

Hay 23 formas de producción acústica sólo en pitos y flautas. Las evidencias, los murales y los vasos policromados presentan diversos tipos de trompetas de madera o de caracol marino, tambores hechos de cerámica o de madera ahuecada, muñequeras y tobilleras de conchas para los bailes, sonajas. Yo diría que hay un universo de artefactos sonoros muy atractivo.

Por todo lo que me está contando, parece que sería más coherente que el instrumento nacional fuera el pito.

Para mí, sí (risas).

Parte de su trabajo está recogido en Casa Laruduna, ¿qué es exactamente este proyecto?

No me gusta ponerle siempre Alfonso Arrivillaga a lo que estoy haciendo. Es demasiado ególatra. Casa Laruduna tiene 20 años y nace para poner un nombre al trabajo que realizo junto a mi esposa, que es historiadora. Para mí, la antropología es un proyecto como familia. Laruduna no es ONG, ni una fundación, sino nuestras vidas. Es un espacio donde compartimos, donde hay colecciones de fotos y archivos de artículos, libros, documentos que hemos ido recuperando en el campo. El nombre es el de un lugar de Livingston y quiere decir "a la orilla del mar". Elegimos llamarlo así porque nos parecía que resumía el

concepto de cualquier civilización. El hombre siempre ha buscado asentarse cerca del agua.

En 25 años de carrera ha tenido ocasión de hacer mucho trabajo de campo, ¿qué experiencia recuerda de manera especial?

Guatemala tiene un gran peso de k'iche's, kaqchikeles, mames y q'eqchi'es, que son las grandes mayorías, pero ahí me volvió a pasar lo de la antropología de la frontera. Siempre me ha interesado trabajar con grupos menos visibles. Probablemente, una de las experiencias más inolvidables la viví con el gran grupo q'anjob'al. Fue muy especial lo que compartí con los jacaltecos. Mi mujer y yo seguimos muy de cerca su experiencia como refugiados y fue impactante ver cómo esta gente, tocada por la violencia, estaba deseando grabar y registrar su música. Era una manera de decir: aquí hay una tradición milenaria. También guardo gratos recuerdos de la convivencia con los q'eqchi'es de las tierras bajas y de mis hermanos garífunas.

La cultura de este último grupo es una de sus pasiones ¿Cómo ha sido su trabajo en el Caribe?

Más que un investigador, trato de ser un intelectual orgánico al servicio del pueblo. Tengo la suerte de estar transmitiendo a las generaciones de hoy lo que aprendí de sus abuelos.

¿Qué ignora la sociedad guatemalteca del mundo garífuna?

La sociedad los ignora y los reduce a baile y sexo, pero es un pueblo grandioso cuya resistencia es única en la historia de la humanidad.

¿Tiene los lentes de antropólogo puestos las 24 horas?

Sí, porque es un proyecto de vida. Este es un país apasionante para la ciencia social.

Carmen Real, Argentina

Rosa de ceniza

¿Quién es la autora de ese texto inédito?

¿Quién ese fantasma que la ronda como un muerto?

¿Y quién la otra que ya ha obtenido el codiciado éxito?

¿Existe acaso la una sin la otra?

¿Y el muerto?

En la lista de edición del libro nuevo busca una de ellas su nombre,
aunque sólo es el otro el que está escrito.

El nombre cierto.

Infructuosa es la búsqueda,
como infructuosa la hedionda flor del miedo.

No habrá aquí frutos ni espectáculos dantescos.

No habrá por tanto, infierno.

Por tanto, no habrá tampoco cielo.

Inocuos unos a los otros fueron, fútiles o estériles,
peor que eso.

Les ha faltado la gracia, el don, y el provecho, por cierto.

¿De qué otra cosa está hecha esa rosa de ceniza?

De horror, de ignorancia, de desprecio.

Allí en el vacío que la nada ha gestado al tiempo,
han encontrado su nido el polvo y el viento.

¿Quién es la autora de este texto?



Sergio Tilleria, Chile

Indio tarabuqueño



Todavía no puedo entender, por qué la vida es tan cruel para algunos de nosotros pasantes por este planeta.

Allá, donde el sol es brillante de amor,
allá hay esta pobreza.

Allá, donde hoy todavía quedan pájaros
que pueden vivir como en un paraíso,
allá hay esta pobreza.

Allá, donde por las noches no se necesita de
luz eléctrica por el brillo de las estrellas,
allá hay esta pobreza.

Allá, donde casi todos los seres creen en
Dios, es allá donde hay esta pobreza.

Allá, donde la justicia social se quedó en los
caminos de piedra, esperando a una brillante
democracia,
allá, hay hoy esta pobreza.

Allá cerca de donde yo aprendí a dar mis
primeros pasos en este planeta,
es allá donde hay esta pobreza.



DATOS DE LOS AUTORES

Manuel Girón, Guatemala

Nació en Guatemala y es licenciado en Psicología por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Se dedica, entre otras cosas, a escribir, pintar, hacer fotografía y vídeo. Actualmente reside en Suiza y para obtener más información sobre su trayectoria artística se puede consultar su página en Internet www.manuelgiron.ch

Marta Elizondo, México

Escritora, Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Monterrey, México. Dirige el "Centro Cultural Hispanoamericano" en la ciudad de Zurich, Suiza. Ha participado en lecturas individuales y colectivas en Suiza, México y España. Publicaciones: *Ave en vuelo*, 1994, *Eco del silencio*, 1996, *Poemas/Gedichte*, 1996, *Vaguedades entre sueño y vigilia* de Ediciones Castillo español-alemán, 1998. Su obra *Por las paredes de la indiferencia* fue premiada en el Certamen Literario del Ateneo Popular Español de la ciudad de Zurich. *Cuando el alma se bifurca*, español-alemán, Nimrod Verlag, Zurich, 2004. www.martaelizondo.ch

Paulo González Ramírez, Costa Rica

Nace en Cartago, Costa Rica en noviembre 1979, ha estudiado Derecho y Sociología en su país, actualmente vive en Zürich, Suiza y continúa estudios en la Universidad de Zürich. Ha publicado dos libros, "Pequeños Gigantes" Cuentos 2004, "Joaquín, dónde estás" Novela 2005. Actualmente trabaja en un nuevo proyecto "Los condenados y otros relatos", libro que se compone de seis historias con textos que están marcados por su autenticidad fonética, diálogos que se leerán de tal manera que puedan ser escuchados por el lector. El siguiente texto es parte de tal trabajo La Bandera, playa Palma. email: paulogrsam@bluewin.ch homepage: www.alas-libros.com

Hilda Mayer-Iocco, Argentina

Escritora argentina residente en la región de Basilea (Suiza). Formación básica y universitaria en la ciudad de Buenos Aires. Participación en antologías como así también en publicaciones periódicas.

Alfonso Arrivillaga Cortés, Guatemala

Nació en Guatemala en 1959. Estudió Antropología en la Universidad de San Carlos de Guatemala, (Usac). Más tarde se especializó en etnomusicología en Venezuela y realizó estudios de posgrado en Madrid. Desde 1981 es investigador del Centro de Estudios Folclóricos, actividad que ha compartido con la docencia en la Usac. Ha participado en la edición de la serie de discos Encuentros de Músicos de la Tradición Popular y Tradicional de Guatemala y es autor de numerosas publicaciones. Como consultor y asesor académico ha trabajado con el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, entre otros.

Carmen Real, Argentina

Nacida en San Miguel de Tucumán, Argentina. Reside en Suiza desde 1981. En su país ejerció la docencia como profesora de literatura española y latinoamericana. Doctora en Letras por la Universidad Complutense de Madrid, España. En Suiza ha dictado conferencias sobre literatura latinoamericana, participa en veladas literarias y colabora en publicaciones locales. Es autora de *El Oficio de Enoch*, libro de poemas publicado en Zurich en octubre de 2000. Actualmente se desempeña como profesora de español y como correctora para diferentes editoriales latinoamericanas.

Sergio Tilleria, Chile

Nació en Providencia, Santiago, Chile. Estudió fotografía periodística y trabajó en un periódico en Antofagasta, Chile. Escuela de Arte en Cristóbal Rojas en Caracas, Venezuela. Cursos en la Escuela de Arte y en la KWSZ, en Zurich. Varias exposiciones en el extranjero, desde 1993 diversos proyectos, "Una Mirada al Universo" en el desierto de Atacamas, en Chile, y en Suiza.

DATOS DE LA PINTORA

Gabriela Scheffler, México

Profesora del Curso Monográfico "La Litografía estampada en Tórculo" Museo del Grabado Contemporáneo de Marbella. (Málaga). Licenciada en Bellas Artes en las especialidades de Pintura, Grabado y Diseño Gráfico. Universidad de Sevilla. Ha expuesto en los últimos cuatro años en Estampa. Salón Internacional de Grabado y Ediciones de Arte Contemporáneo de Madrid. Varias exposiciones tanto individuales como colectivas en diferentes galerías de Madrid, Málaga, Sevilla, México D.F. y Zurich. Finalista XII Premio Nacional de Artes Plásticas Universidad de Sevilla. Primer Premio Cartel Obra de Teatro "Los Espejos de Velázquez" Sevilla.

Chema Rodríguez, España

Profesor Honorario del dpto. de dibujo de la Facultad de BBAA de la Universidad de Sevilla



Centro Cultural Hispanoamericano

Espacio cultural del movimiento creativo

Riedhofstrasse 354
8049 Zurich
teléfono 056 / 622 97 08
www.martaelizondo.ch